

Catecismo 26 - 27. LA PROFESIÓN DE FE. Introducción. El deseo de Dios I.

2011

Mons. JOSÉ IGNACIO MUNILLA

LA PROFESIÓN DE LA FE. PRIMERA SECCIÓN “CREO” – “CREEMOS”

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra Madre, la Iglesia.

Después de haber concluido explicando el prólogo del Catecismo, comenzamos con la primera parte del Catecismo, la profesión de fe. Cada una de las partes del Catecismo está precedida de una ilustración. En este caso es un fragmento de un fresco de la Catacumba de Priscila en Roma de principios del siglo III, que es la imagen... antigua que tenemos de la Santísima Virgen, una de las más primitivas figuras del arte cristiano representa el tema central de la fe cristiana, el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios en las entrañas de la Virgen María. Hay una figura de hombre que señala a una estrella situada encima de la Virgen con el Niño, es un profeta, posiblemente Balaham, aunque no es seguro, anunciando que de Jacob surge una estrella, de Israel un cetro, simboliza toda la esperanza de la Antigua Alianza y la súplica de un Salvador y Redentor por parte de la humanidad. Este anuncio se realizó en el nacimiento de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, concebido por obra del Espíritu Santo, nacido de la Virgen María, y se presenta a María como la que trae al mundo y a los hombres la Salvación. Por esto ella es la figura más pura de la Iglesia, ha querido el Catecismo elegir iconográficamente una imagen y ha elegido para el Credo la imagen de María en su Encarnación, en su maternidad.



Punto 26

Dice:

“Cuando profesamos nuestra fe, comenzamos diciendo: "Creo" o "Creemos". Antes de exponer la fe de la Iglesia tal como es confesada en el Credo, celebrada en la Liturgia, vivida en la práctica de los Mandamientos y en la oración, nos preguntamos qué significa "creer".

Los dos credos que solemos rezar en la Liturgia, uno es el apostólico que es el que llamamos el corto, que dice en singular “creo” y el más largo es el Niceno-constantinopolitano, el credo de Nicea que en el Concilio de Constantinopla tuvo otras matizaciones, ese lo dice en plural.

El hecho de que se pueda confesar la fe diciendo creo o creemos tiene unos matices interesantes porque quiere decir que creer es un **acto personal**, es un acto tuyo personal, hay algo en el acto de fe que tienes que hacer tú y no pueden hacer los demás por ti, pero al mismo tiempo es un acto de Iglesia, es un **acto eclesial**, la fe la confiesa la Iglesia comunitariamente, luego podemos decir, creo o creemos y cada una de las dos expresiones añade unos matices muy importantes.

Quizá nosotros en nuestra cultura muy individualista entendemos más fácil lo de creo, es algo tuyo, tu verás si crees o no crees, parece que como acto individual subjetivo se le respeta a uno que crea, se le perdona la vida podríamos decir si cree, pero no, ese es el error de nuestra cultura individualista, decimos creo pero también decimos creemos y no sólo porque sea la suma de muchos actos individuales sino también es un plural orgánico, es la Iglesia la que nos da luz en la fe, es la Iglesia la que genera las Escrituras, la que tiene la autoridad para interpretarlas, para educarnos en la fe, es la Iglesia la que nos llama a la conversión, eso es importante que nos demos cuenta, yo no tengo un contacto directo con Dios por mi cuenta, no es así, mi relación con Dios ha sido a través de la Iglesia que es sacramento Universal del Salvación. Es la Iglesia la que me ha dicho qué evangelios son Palabra de Dios y cuales son apócrifos y no son Palabra de Dios. Es la Iglesia la que me ha dicho cuáles son las verdades reveladas y no son mí parecer individual. Es decir que yo no puedo tener un contacto directo subjetivo con Dios agarrándome a las Escrituras como si yo voy a ser el intérprete de las Escrituras, eso no es así, el Concilio Vaticano II, la “*Dei Verbum*” en su número 10 insiste como **la Tradición, la Escritura y el Magisterio de la Iglesia según el plan providente de Dios están unidos, de modo que no pueden subsistir uno sin los otros**, Tradición, Escritura y Magisterio de la Iglesia, luego no puedo decir creo sino creemos, bueno sí podemos decir creo pero esa singularidad tiene detrás un creemos y cuando digo creo estoy creyendo con la fe de los mártires, de los apóstoles, de las vírgenes, de los confesores. Detrás de mí está toda la Iglesia apoyándome. Me estoy sosteniendo en el pilar de Cristo que se me ha dado a través de esas doce columnas de la Iglesia.

Es importante que pueda ser creo o creemos y cada uno de ellos aporta un matiz importante. Por ejemplo, el hecho de que el acto de creer sea un **acto personal** y nadie puede creer por ti, se subraya que verdaderamente tienes tú que abrir tu voluntad, Dios llama a la puerta de tu corazón y tienes que abrirla tú, eso es lo que se subraya en la formulación del creo en singular, de hecho decía **San Agustín que para creer es preciso querer creer**, y como tú en tu voluntad no te abras a la fe, como no hagas un acto personal no vas a creer. ¿Qué hace falta para creer? Lo primero querer creer. **Decía San Agustín, para los que quieren creer tengo mil pruebas y para los que no quieren creer no tengo ninguna.** Es un acto personal para el que es necesario abrir la voluntad, de hecho, a menudo basta cambiar de modo de vivir para empezar a creer de verdad lo que antes negabas, es decir, que eras tú el que tenías un modo de vida contrario a la fe y entonces decías que no creías, pero era tu voluntad la que no estaba dispuesta a convertirse y cuando has estado dispuesto a cambiar de modo de vida la fe ha venido a tu corazón.

Para poder decir creo tienes que abrir la puerta, Dios toca a la puerta y espera que tú la abras. Incluso cuando Dios se manifiesta de una manera soberana como ha hecho con San Pablo y con otros hombres de iglesia, el que parece que ha derribado la puerta, aunque Dios se manifiesta a veces de una manera tan plena y tan llena de soberanía que parece que derriba la puerta, sin embargo, tú también tienes que acogerle, tienes que hacer un acto libre.

Pero por otra parte cuando hacemos ese acto libre decimos creemos porque en ese momento me apoyo en la fe de los que creen, me apoyo en esa Iglesia a la que Cristo le ha depositado la fe, hago un acto de confianza no sólo en Dios sino también en los demás, en la tradición de la Iglesia, la historia de la fe no comienza conmigo, no soy el primer creyente, de repente entro en una familia, en la de los creyentes y comienzo a decir creemos.

Por eso lo primero que dice el Catecismo es ¿Qué significa creer? Creer en hebreo viene de la palabra **“HEMIN”** que significa apoyarse, apoyar la existencia en Dios como la apoya un niño en el seno de su madre, es una imagen que si lo vemos en su raíz hebrea dice mucho, apoyarse, como el niño en el seno de su madre tiene el cordón umbilical, está apoyado en su madre y lo está recibiendo todo de ella por el cordón umbilical, eso es creer, en el vivimos, nos movemos y existimos, estas en Él y lo recibes todo de Él. Hemin que es el verbo hebreo significa apoyarse. Creer no es sólo una especie de acto intelectual de decir “la fe es creer que Dios existe, allí está, allí estará, algo habrá”. **La clave no está en creer que Dios existe, sino que yo existo para Dios.** Creer no es únicamente decir que está Dios allí, sino que yo existo para Dios, es decir, que he sido un hijo deseado de Dios, que soy un hijo irremplazable para él, no es lo mismo creer que Dios existe o que yo existo para Dios, no es lo mismo. Hay personas que sí que creen en Dios pero en ese primer sentido, que Dios existe, es un creer pero podría haber creído sin que Dios se revelase, no ha superado la filosofía humana. Creer en el sentido sobrenatural de la palabra es que yo existo para Él, que soy un hijo deseado suyo. Esto es lo que significa creer. Decía **Juan Pablo II** en la *Redemptoris Mater*, **“Creer quiere decir abandonarse en la verdad misma de la Palabra de Dios viviendo, sabiendo y**

reconociendo humildemente cuan insondables son sus designios e inescrutables sus caminos”

Es decir, abandonarse en la verdad misma de la Palabra de Dios viviente, esa es la definición que hace Juan Pablo II en *Redemptoris Mater*, esa expresión de que creer es abandonarse en Dios es bastante ilustrativa y podría ser el punto de partida para responder a esta pregunta ¿Qué significa creer? Apoyarse, abandonarse en las manos de Dios.

Continúa el punto 26;

“La fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a él, dando al mismo tiempo una luz sobreabundante al hombre que busca el sentido último de su vida. Por ello consideramos primeramente esta búsqueda del hombre (capítulo primero), a continuación la Revelación divina, por la cual Dios viene al encuentro del hombre (capítulo segundo), y finalmente la respuesta de la fe (capítulo tercero).”

Aquí viene otra definición de fe, es decir, es la **respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a él**. Para entender lo que es la fe hay que partir del deseo de Dios de entregarse al hombre. Dios no sólo nos ha creado, sino que nos ha buscado, la iniciativa es suya, somos porque Él nos ha querido, por un acto de amor, somos hijos deseados suyos. Luego la fe es la respuesta, si Dios se ha revelado, si Dios nos ha querido, la fe es responder a eso, es acogerlo. Él toca a la puerta y tú le abres, le acoges y él hace morada contigo. Es imposible entender la fe sin partir de esa iniciativa de Dios.

En nuestra cultura tan antropocéntrica entendemos que las cosas tienen su origen en nosotros, pero eso es un error muy cercenado de la realidad. Dios en su sobreabundancia de amor ha decidido llamarnos a la vida y cuando alguien llama hay que responder. ¿No oyes que te llaman? Esa es la definición que aquí hace el Catecismo de la fe. Como Dios se revela le da al hombre una luz sobreabundante para que comprenda el sentido de su vida. Dios no únicamente nos dice “Yo soy Padre, Hijo, Espíritu Santo...” no es una información fría, un saber abstracto, sino que el descubrirse de Dios coincide milimétricamente con que el hombre al conocer a Dios se comprende a sí mismo y entonces dice “Este Dios que se está descubriendo me está permitiendo que yo me entienda a mí mismo, que yo entienda el sentido de la vida”.

Si Dios es tu creador quien te va a dar el sentido de la vida sino Él mismo. Estaba con unos padres que han tenido su primer hijo y decían los padres “¡Como viene al mundo y no viene con el libro de instrucciones no sabemos qué le pasa”! Nosotros no tenemos la capacidad de entenderle, pues sirviéndonos de este ejemplo, Dios es nuestro Creador y Él nos puede decir lo que nos ocurre, el Creador le puede hacer entender a la criatura qué está pasando entre comillas “Es el libro de instrucciones” que estaba pidiendo el padre que no entendía cómo tenía que interpretar el sufrimiento de su hijo. Dios si nos conoce, si nos interpreta plenamente, de manera que en la Revelación no sólo le conocemos a Él, sino que en Él nos conocemos a nosotros y conocemos al prójimo, porque de lo contrario parecería que en la Revelación Dios viene a decirnos

cuestiones místicas en el sentido peyorativo de la palabra, algo ajeno a mi vida, que no me dice nada, como que son cosas que no tiene nada que ver con mi día a día, con lo que me hace sufrir aquí, que a veces se ha acusado a la religión de esta cosa, de evadirte de la vida de llevarte a una serie de abstracciones y esto no es así, quien piense eso no ha entendido la revelación.

La revelación no viene a sacarte de esta vida sino a darte sentido en ella. Bien distinto de esa concepción oriental en la que parece que la espiritualidad consiste en sacarte o abstraerte de esta vida, en el fondo en eso consiste fundamentalmente el Nirvana, alcanzar un estado en el que yo me abstraiga de esta vida, sin embargo, la revelación cristiana no me lleva a abstraerme sino a darme luz para vivir la experiencia de Dios en esta vida, hasta en la materialidad de la vida encuentro la presencia de Dios. Esto lo explica en tres capítulos, en el primero va a hablar de la búsqueda del hombre, en el segundo Dios se revela y en el tercero la fe como respuesta del hombre.

CAPÍTULO PRIMERO

EL HOMBRE ES "CAPAZ" DE DIOS. EL DESEO DE DIOS

Punto 27

Este punto parte hablando del deseo de Dios, ya solamente éste planteamiento, el hecho de que el catecismo haya comenzado por el deseo de Dios es bastante significativo de que estamos ante un Catecismo moderno, del siglo xx, en el que antes de comenzar describiéndonos punto por punto quién es Dios, pues ha querido reservar una introducción para venir a subrayar que ese Dios del que vamos a hablar no es ajeno a mi vida sino que viene a conectar con mi deseo de Dios, no es un ovni o un objeto extraño, es que el hombre parte de que es un ser que no se auto ilumina, nosotros no nos auto justificamos, no nos auto entendemos sino que somos un ser abierto a la transcendencia. En la Edad Media no se habría comenzado por aquí el catecismo, en la Edad Media, con menos sensibilidad antropológica si habría empezado el Catecismo diciendo “Dios es un ser infinito...”. Aquí lo primero que se afirma es el deseo de Dios.

Dice el punto 24:

“El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer hacia sí al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar”

El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, una afirmación que es básica, porque nos fijamos, cuando estamos predicando, entre los oyentes habrá personas que estén en situaciones bien distintas, y habrá personas que digan “Es verdad yo tengo un deseo de Dios inscrito dentro de mí” y otro dirá “Pues yo tengo deseo de tener un trabajo que estoy en paro o de tener una novia pero yo no tengo deseo de

Dios”, así puede parecer que la cuestión religiosa, el planteamiento espiritual de la vida es como una oferta para determinadas personas que sienten una atracción pero para otras no valen. Es como los programas deportivos que hay algunos que cuando llega desconectan porque el deporte no les interesa. Bueno pues hay que decir que no es así, nosotros no decimos tal cosa, **el deseo de Dios lo tiene todo el mundo inscrito en su corazón, incluso el que no se da cuenta de ello**, el que no se ha percatado, el que dice “A mí la religión no me dice nada”, el deseo de Dios es natural, lo tiene el hombre por ser hombre, y de hecho es impresionante que todas las culturas han tenido fe en Dios, llega Colón a América y se encuentra unos indios que adoraban a un ser supremo, llegamos a otro lugar al otro lado del mundo y allí otros indígenas adoran, y en África y en Oceánica.

No han existido culturas ateas, el ateísmo es unos fenómenos modernos, esto ya es bastante significativo de lo que dice el Catecismo, el deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre por naturaleza, no es algo añadido sino algo natural. Esto tiene consecuencias muy grandes porque quiere decir que si el deseo de Dios es natural la única manera de ser feliz en esta vida es abriéndose a saciar el deseo que tenemos de Dios.

No hay dos felicidades, la natural y la sobrenatural, no, no hay más que una felicidad. No son dos pisos yuxtapuestos, el natural y el sobrenatural, sin comunicación, no, son dos pisos con muchas escaleras y que confluyen, con rampas, Dios está presente en lo natural y en el fondo, ser cristiano es vivir lo natural de forma sobrenatural, y al mismo tiempo vivir lo sobrenatural de forma natural.

No hay dos felicidades, sólo una, y esto explica por qué los bienes meramente materiales no terminan de saciarnos plenamente. En esta vida tienes algo, un objetivo material que te habías marcado, y al mismo tiempo que lo alcanzas ya hay que buscarse otro porque ya no te satisface plenamente se te queda corto, el hombre necesita algo más. Esto son indicios del deseo de Dios que todos llevamos marcado dentro de nosotros.

Continuamos con la explicación del punto 27, estábamos afirmando que esa declaración que hace el Catecismo, que *tenemos inscrito en nuestra naturaleza humana un deseo de Dios*, pues seguro que hay muchos que lo niegan, que el deseo de Dios ha sido inducido desde fuera, por la Iglesia, pero la historia nos viene a decir que no ha sido así.

En lugares como la Unión Soviética donde el Estado llegó a decir que “la religión es el opio del pueblo” y por tanto, la reprobó y arrancó todo vestigio religioso de las escuelas y de la enseñanza y enseñó oficialmente el ateísmo y convirtió las catedrales en el museo del ateísmo y pasaron varias generaciones donde hay los hijos no habían recibido ningún tipo de memoria por parte de los padres, ningún tipo de enseñanza, ninguno bautizado, etc. Este es el caso de la Unión Soviética y de otros tantos países. Bueno, pues no se ha perdido el sentido religioso, y hay muchos casos, muchos libros que han iluminado este aspecto. La supuesta teoría de que ha sido una educación la que ha creado la necesidad de dios se ha visto rebatida por los hechos, no es la educación la

que crea el deseo de Dios, más bien es la que lo encauza, pero el deseo de Dios está en el hombre. “Nos hiciste Señor para ti y mi corazón estará inquieto hasta que no descansa en ti”, esta frase de San Agustín significa que este ha tenido una sed de felicidad que ha intentado saciar en muchas cosas que no eran Dios, en filosofías, sectas, etc. y no ha podido hasta que no lo ha encontrado y descansado en Él, sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar.

Termina este punto del Catecismo con una cita de la *Gaudium et spes*:

“La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador (GS 19,1)”.

Lo que al hombre le distingue del resto de la creación, del resto del reino animal, lo que le hace tener una dignidad que no tienen el resto de animales es que tiene una vocación a la comunión con Dios. El hombre ha sido creado para tener una amistad con Dios que no la tienen los animales, un animal irracional no tiene ni puede tener una amistad personal con Dios, Dios quiere a las criaturas, a todas las que ha creado, “Y vio Dios que era bueno...”, pero quiere al hombre de una manera distinta porque el hombre está llamado a tener una intimidad con Dios, una amistad con Dios que los animales no pueden tener, eso nos hace dignos y capaces.

Es impresionante ver como el hombre primitivo, a diferencia de los animales que le rodeaban, pues tiene unos signos religiosos, y vemos como tiene las construcciones de los dólmenes, donde tiene un sentido religioso en el más allá de esta vida y tiene su esperanza en la vida más allá de esta vida, etc. y esto no lo tienen los animales. **Esto es un inicio de la dignidad del hombre, la razón más alta de la dignidad del hombre es que está llamado a ser eterno y a tener una amistad eterna con Dios.** El hombre se invitado a tener un dialogo con Dios desde su nacimiento pues no existe sino porque creado por dios por amor es conservado por amor.

Es decir, hemos sido creados por el amor de Dios y para el amor de Dios y cuando uno descubre esto pues cambia totalmente. Cambia tanto el que una persona viva desconociendo, solitaria, arrastrando una soledad muy grande, sentimiento de estar perdido en medio de la masa y es que no sabe que hay una persona que está enamorado de él porque la otra persona no se atreve a manifestárselo, si supiese eso ese sentimiento de soledad se cambiaría. Pues esto es un ejemplo que se queda corto para entender lo que nos ocurre a nosotros, el ser consciente de que he sido creado por y para el amor de Dios es que cambia totalmente la perspectiva porque nos hace entender que muchas cosas de nosotros mismos que no entendemos y nos cuesta aceptar, por ejemplo, yo qué pinto en esta vida, para qué he sido creado...

Digamos que hay tres tipos de hombres que ante la **pregunta de quién soy yo**, algunos, los primeros toman la estrategia de no preguntarse, es la respuesta del

pasotismo, muy extendido en nuestra cultura, no quiero que me coman la cabeza, no me hago preguntas como esa. Yo la crítica que le haría a esa postura es que está renunciando a ver la realidad, es la estrategia del avestruz, que cuando ve que es atacada o está en peligro, opta por meter la cabeza debajo del ala y como no ve, piensa que ya ha pasado el peligro, es decir, aunque yo no quiera hacerme preguntas, las preguntas siguen estando ahí. ¿Yo quién soy? ¿Qué pinto en esta vida? Al mismo tiempo está la postura de quienes se la plantean pero no le encuentran sentido entonces tienen como una respuesta desesperanzada, entonces dan una respuesta dramática, que la vida es un asco, que no merece la pena ser vivida, hay gente amargada porque parten, aunque no se lo hayan formulado teóricamente como los filósofos existencialistas, pero piensan que esta vida es querer y no poder, intentar ser feliz y no conseguirlo, condenados a vivir pero en el fondo sólo podemos consolarnos con pequeños placeres, pero la vida es una pasión inútil en la que tienes que intentar consolarte bebiendo, con sexo, pero la vida no me hace feliz, es una postura desesperada que acarrea amargura interior, que a veces se expresan en drogas, en alcohol... Hay tres posibilidades ante esa pregunta, no querer preguntarme, tener una respuesta desesperada y tercera posibilidad es que Dios es la respuesta, el hombre no es una pasión inútil, ni un proyecto sin sentido, ni una pregunta sin respuesta, existen unos valores absolutos en la vida, la vida del hombre tiene sentido en referencia a ellos, el hombre ha sido creado por amor y ha trazado para cada uno de nosotros planes de amor, lo importante no es lo que yo espero de la vida sino lo que Dios espera de mí.

Por eso, el sentido de la existencia se encuentra en intentar vivir esos valores que Dios ha sembrado en nosotros, que han salido de la mano de Dios, auténtico arquitecto de este mundo y esta es la postura sensata, la que busca el sentido de la vida.

Bueno, pues esta es nuestra afirmación, la afirmación de partida, *tenemos deseo de Dios natural, sembrado en nosotros por Dios, por eso le predicamos a todo el mundo, no solamente a algunos porque somos conscientes de que sin Dios nadie va a ser plenamente feliz, porque hemos sido creados por Dios y para Él, y este es el motivo de que cuando lo descubrimos a Él la vida alcanza montones de matices de los que podemos disfrutar, la misma naturaleza es disfrutada de otra manera, la misma familia, el mismo trabajo, el mismo estudio...todo es vivido en una profundidad que antes no comprendíamos porque desde Dios todo alcanza un pleno sentido.*

ALABADO SEA JESUCRISTO.